

Remesas en el Alto Balsas. Balance crítico

Martha García Ortega*

Como resultado de más de medio siglo de experiencias migratorias por distintas rutas de México y Estados Unidos, las comunidades de la región nahua del Alto Balsas han reconfigurado su orden social a través de una dinámica de cambio que es valorada por los actores sociales como positiva, ya que en las últimas décadas “los pueblos han progresado”. En efecto, articulado a varios procesos económicos, políticos y socioculturales globales en un marco de integración histórica, este pueblo nahua hace visibles sus transformaciones en el paisaje de un etnoterritorio fragmentado por siete municipios (Atenango del Río, Copalillo, Eduardo Neri, Huitzuc de los Figueroa, Mártir de Cuilapan, Tepecoacuilco de Trujano y Zitlala), cuyos habitantes se encuentran dispersos en dos entidades nacionales.

Esta región, ubicada en el centro-norte de Guerrero, se caracteriza por el abandono de la producción agrícola, la fluctuación de la producción y comercio artesanal, y por la alta diversificación laboral que ha desplazado las habilidades artísticas tradicionales por nuevas capacidades para el sector servicios, industria maquiladora y agroindustria nacional y transnacional. A partir de esas condiciones, gran parte de su población económicamente activa se desempeña en ocupaciones extraagrícolas, lo que alude de entrada a la migración como un medio de acceder al trabajo asalariado translocal. La aportación de fuerza laboral de hombres y mujeres a distintos sectores económicos, dentro y fuera del territorio nacional, ha promovido el crecimiento de las tasas de emigración con trayectorias de movilidad asociadas al acceso educativo y al activismo político y cultural intra y transnacional.

* Antropóloga social, Colegio de la Frontera Sur, Chetumal, Q. Roo.



Estos intensos desplazamientos geográficos han creado un complejo migratorio regional que da cuenta de la intrincada conexión de las comunidades nahuas con las principales tendencias de la expansión del capital de mediados del siglo XX y otras que inauguran el tercer milenio: los proyectos de industrialización y turísticos nacionales, el desarrollo de las poderosas agroindustrias del corredor Pacífico y centro de México y, allende la frontera norte, con la reconversión económica estadounidense, la formación y crecimiento de sus “ciudades globales” y la expansión del sector servicios (Sassen, 2001). Todos estos espacios económicos han atraído a trabajadores y trabajadoras nahuas por tres generaciones. En la actualidad, su abanico ocupacional se despliega a lo largo de cien puntos migratorios en México (capitales y centros turísticos) y Estados Unidos (en dieciocho estados, con alta concentración en Los Ángeles y Houston).

Diferentes cursos migratorios en la región incorporados a la cultura de movilidad nahua han repercutido de manera sustantiva en el sistema tradicional de intercambio y reciprocidad familiar y comunitaria, cuyos arreglos se han visto alterados por la creciente monetarización de sus relaciones de solidaridad. Esto ha sido posible gracias a la flexibilidad de sus instituciones, respuesta o reflejo del fortalecimiento de su capacidad comunitaria para buscar opciones dentro de su lógica social, según algunas experiencias políticas y económicas en el último medio siglo (Celestino, 1997; Hémond, 2003 y García, 2002).

Intercambios y contribuciones a varias escalas relacionados con su apertura al mundo han permitido a estas comunidades cincelar su propio rostro a través de la modificación y readaptación simbólica y material de sus condiciones de existencia. Al resultado de estas fuerzas transformadoras se le ha llamado “reconfiguración étnica” (Bartolomé, 2006).

De esta forma, los intensos desplazamientos de población significan más que el traslado de mano de obra, ya que en las últimas décadas han propiciado una gran vitalidad a su sociedad a pesar de ubicarse dentro del mapa nacional de pobreza. Un factor dinamizador regional ha sido la diversificación de la economía rural beneficiada por los ingresos derivados de su inserción laboral en los niveles nacionales e internacionales, recursos que se dan en pesos y en dólares con una relevancia que trasciende la mera dimensión económica.



Estas remesas se combinan con los recursos generados en los lugares de origen a través de un erosionado sistema agrícola y artesanal, y otro, muy activo y en ascenso, de servicios (trabajo doméstico, venta de alimentos, pequeñas empresas de construcción, artesanal, costura, herrería, panaderías, comercio en general, telefonía e Internet, y de transporte, así como los derivados de los ámbitos doméstico y comunitario). En torno a la potencialidad de la interrelación económica regional destacan los circuitos productivos artesanales y de comercio, rituales (familiares y colectivos) y de servicios financieros (particulares, cajas solidarias y de microcrédito).

Dinámica regional

Trabajo doméstico y comunitario, bienes y servicios

Los ingresos extraagrícolas y translocales (migradólares y migrapesos) resultan ser dispositivos de la reproducción e innovación cultural y económica en toda la región nahua, donde la creciente monetarización de la economía indígena ha traído fuertes repercusiones al ámbito laboral doméstico y comunitario. En apariencia, esto revela una aparente paradoja dentro de los procesos de migración: la salida de personas en edad productiva por falta de fuentes remuneradas deja desprotegidos los sitios tradicionales del trabajo doméstico y comunitario creando un vacío laboral que debe ser cubierto en cualquier medida, atrayendo mano de obra intrarregional para atender las labores cotidianas de hogares, parcelas y comunidad.

Desde esta perspectiva, se resalta el protagonismo de la población “no migrante”, sobre todo de las mujeres, por encima de la desvaloración externa acerca de las capacidades propias para recrear la comunidad adecuando sus formas de organización y supervivencia con recursos propios y foráneos. Tal consideración permite desmontar la imagen creada acerca de los lugares de alta migración como “pueblos fantasmas habitados sólo por mujeres, ancianos y niños” que sólo viven de las remesas. Nada más alejado de la realidad del Alto Balsas.

Dentro de las dimensiones domésticas se debe resaltar que, como en otras partes de México, las mujeres nahuas tienen un papel central en el desarrollo de la economía de subsistencia campesina al ocuparse en actividades no remunerativas que se han “visibilizado” y “rentabilizado” ante la ausencia de los miembros (hombres y mujeres) de la familia extensa que han emigrado. Sobre esa base, han ingresado a nuevos tipos de organización del trabajo contratando mano de obra tradicional para el cultivo de alimentos, cuidado de las tierras agrícolas



(aun cuando ya no se siembra en la mayoría de las comunidades) y solares, recolección de madera y cría de animales domésticos.

Al mismo tiempo, las mujeres han recreado su participación en la economía informal a través del autoempleo en pequeñas empresas domésticas de preparación y venta de alimentos, producción de velas o pan, en expendios establecidos o ambulantes de productos agrícolas o industriales (tiendas de abarrotes, tortillerías, papelerías). Estas actividades, financiadas en parte o totalmente por las remesas, se agregan a su importante papel de consumidoras de bienes y servicios de sectores como el de la construcción (en muchos casos las madres y esposas ejercen presión para que los familiares emigrantes construyan sus casas en la comunidad) y de alimentos en el rubro de granos básicos (ante la ausencia de la agricultura por degradación ambiental y falta de trabajadores).

Cuando la economía regional se desenvuelve en los términos presentados, la capacidad de la administración económica de parte de las mujeres y familias que “no emigran” pone al descubierto que migrapesos y migradólares, además de promover una mayor capacidad adquisitiva para el consumo y la contratación de mano de obra, también fortalece la tendencia productiva en la creación de autoempleos (en la economía informal) en el sector de servicios. El comportamiento ascendente de estas prácticas es interpretado por los actores sociales como “progreso”, en la medida en que la población tiene mayores posibilidades de adquirir bienes y servicios para mejorar sus condiciones de vida y, todavía mejor, combinar los ingresos en remesas a partir del trabajo local.

Hay otros aspectos a resaltar en el bienestar de los hogares nahuas apuntalado por las remesas: el equipamiento de las viviendas que redunde en mejores condiciones de vida, sobre todo en las casas paternas. Las familias perciben como “progreso” la sustitución de la casa tradicional de adobe por las de mampostería y ladrillo a pesar de resultar inadecuadas para el clima trópico seco de la región; el acceso a letrinas (aunque hay un alto déficit al respecto), lavaderos, cercados y bardas, aparatos electrodomésticos, líneas telefónicas particulares o comerciales y automóviles (particulares y públicos) con traslados cotidianos dentro y fuera de la zona, y que son de gran ayuda en las labores del campo: acarrear leña, limpiar las huertas y servir de cobijo en las milpas alejadas (como los trailers, traídos de Estados Unidos). La superación



material a través de la adquisición de bienes y servicios se suma a otros marcadores de prestigio como su creciente bilingüismo y trilingüismo, y su capacidad para el gasto ritual.

Las estrategias femeninas o familiares para potenciar los recursos combinados del exterior son múltiples y consideradas exitosas en la medida en que les permite alejarse de la pobreza extrema al garantizar viviendas más dignas y equipadas. Desde su percepción, las mujeres que no emigran consideran el autoempleo como una valiosa opción a los cambios familiares producto de la migración a fin de no depender en exclusiva de las divisas y asegurar su manutención frente a la ausencia de familiares emigrantes. Este mecanismo ha permitido que las mujeres revaloren sus habilidades para transitar de una actividad a otra como un medio para establecer su independencia al generar ingresos propios, gracias a los cuales “nada falta”.

Otro aspecto a tomar en cuenta en el papel de las mujeres es su capacidad para formar y administrar ahorros en las cajas solidarias locales (con mayoría femenina entre sus miembros). Estas instituciones financieras resultan ser un engranaje estratégico en la reproducción de la comunidad migrante (tanto en el origen como en los destinos nacionales o internacionales) debido a las posibilidades que ofrecen para proveer de recursos líquidos a corto plazo a las familias ante emergencias de manutención o salud e inversiones productivas (materiales o transportación de la artesanía, entre otros) o rituales.

La garantía no escrita se basa en la confianza de la entrada periódica de remesas con migrapesos o migradólares o de los recursos generados localmente. Es decir, el uso de las remesas tiene una lógica de diversificación en un amplio registro: desde el consumo (familiar y colectivo) hasta el ahorro en especie o en dinero. Esta dinámica explica por qué las mujeres pueden potenciar los recursos del exterior en beneficio de toda la red migratoria.

Las prioridades del consumo de los ingresos combinados de remesas nacionales e internacionales con los recursos propios establecen en primer nivel la alimentación, seguida de la educación, la atención a la salud y el consumo de bienes y servicios. Sólo en coyunturas familiares o comunitarias estos recursos se dirigen a proyectos o necesidades específicas. En ciertas posiciones económicas, estas remesas se triangulan con otros puntos del país donde familias de



artesanos o de trabajadores internacionales o profesionistas tienen sus residencias permanentes en el exterior.

Lazos y pertenencia (el otro valor)

Después del ámbito doméstico, que, como se advierte, debe ser funcional para la subsistencia y seguridad familiar, está el espacio laboral comunitario inscrito en el sistema de solidaridad e intercambio, por lo tanto gratuito. Los emigrantes imposibilitados a cumplir con su tequio (trabajo colectivo no remunerado) deben contratar a un peón (en la región hay toda una cultura del “peonaje” o “alquiler”) para responder con el compromiso de aportar trabajo a la comunidad.

Se trata de ciertas inversiones, a veces anuales o por obra, destinadas a la cobertura del empleo no remunerado; su impacto está regulado en la dimensión social y simbólica que permite llenar el vacío dejado por la emigración. Tal como se presenta en otras experiencias de envío de remesas colectivas, entre las comunidades nahuas las obras de beneficio social se dirigen hacia las mejoras del templo religioso; en torno a obras públicas, éstas se derivan a través de la cooperación comunitaria familiar. Las remesas destinadas a estos cargos del trabajo diferido se combinan con aquellas orientadas al gasto ritual de gran importancia en estas comunidades.

Mayordomías, promesas individuales, familiares y colectivas, compadrazgo en diversos niveles religiosos y sociales han promovido el consumo en grandes proporciones. De hecho, también la implosión festiva es un marcador del “progreso”, ya que “antes no había estas fiestas tan bonitas, ¡ni tantas!” Por eso, los nahuas se confiesan a sí mismos como “fiesteros” porque en ello les va el prestigio, de ahí el alto significado de la participación en el sistema ritual en varios niveles a partir de los compromisos familiares para afianzar las alianzas de parentesco y compadrazgo, y con la comunidad para reforzar la pertenencia y la cohesión destinando ahorros, remesas y trabajo.

Los migrapesos y migradólares tienen un fundamento afectivo, y no sólo de racionalidad económica, para conservar los vínculos familiares y la pertenencia comunitaria. El equilibrio conseguido a pulso en sus negociaciones históricas con la integración, ha permitido valorar de forma afirmativa este proceso que ha llevado a las comunidades a conquistar ciertos logros materiales y simbólicos. Esta percepción se desprende de las respuestas de los actores cuando



establecen con claridad un “antes” y un “después” en su tiempo social, cronología objetiva donde la experiencia migratoria dibuja sus grandes transiciones. Al marcar sus propios principios de bienestar familiar y comunitario, el saldo es que en un nivel amplio sus pueblos “han progresado”. De hecho, tal prosperidad no es ajena a los visitantes que suelen acompañar con este mismo calificativo comentarios positivos sobre estas comunidades “más educadas que antes porque ahora se van al norte” o en otro caso porque “son buenos comerciantes de sus artesanías”. En otros términos, la superación de la pobreza que caracterizó a las pasadas generaciones ha sido un objetivo vital en la movilidad económica de este pueblo indígena. Para los nahuas, la síntesis de sus esfuerzos es “hacer la lucha” cuyos frutos en pesos o dólares servirán para la reproducción social.

Remesas y marginación

Si bien los parámetros de consumo en bienes y servicios tiene un crecimiento generalizado, en la región nahua existen grandes distancias de este bienestar entre hogares y comunidades en razón del tipo de inserción laboral (algunos están fuera de la tradición artesanal) y de sus trayectorias migratorias (diferencias en intensidad y diversificación de destinos). Esta situación provoca un contraste entre los hogares indígenas que seguirán calificando en los bajos índices de desarrollo aunque beneficiados de forma marginal del total de las inversiones familiares y comunitarias. Esta condición confirma la estrecha relación establecida entre los indicadores de marginación y tipos de migración.

El referente estatal da una idea de la proporción “líquida” de las remesas internacionales. Como referente hay que señalar que en el estado de Guerrero la emigración internacional es eminentemente rural; la importancia de las remesas del extranjero radica en la alta proporción que estos ingresos tienen en los hogares en casi la mitad de los municipios, además constituyen más del 50% de las percepciones. Uno de los cálculos realizados sobre las percepciones en dólares establece una media estatal mensual per cápita en 1 466 pesos (Morales, 2005).

En los estudios sobre remesas internacionales en este estado, se comprueba la asociación entre bajos ingresos (por la poca participación en la migración internacional) con una superación mínima de las condiciones de marginación. Es decir, que en condiciones de alto y muy alto grado de marginación, los migradólares evitan que la población se estanque en la extrema pobreza.



Para los municipios de la región del Alto Balsas, también las diferencias son abruptas, ya que existen contrastes extremos en la recepción de remesas internacionales a partir de la media estatal y las categorías de marginación. Mientras Copalillo, Mártir de Cuilapan y Zitlala, con un grado muy alto de marginación, tienen una media per cápita de 627 pesos, Atenango del Río, Huitzuc de los Figueroa, Tepecoacuilco de Trujano y Eduardo Neri, con grado alto de marginación, registran una media per cápita arriba de la media estatal con 2 133 pesos.

Esto significa que para los municipios con grado muy alto de marginación, las remesas llegan en pocas cantidades, por lo tanto, su impacto es mínimo, pero significativo al mejorar la marginalidad. Para el segundo grupo de municipios, los ingresos en dólares representan el mejoramiento de los niveles de vida y de los indicadores de marginalidad.

En conjunto, los esfuerzos de los trabajadores internacionales de los municipios donde se asientan los nahuas del Alto Balsas tienden a mejorar los indicadores de marginación, como se atestigua en el resto de las jurisdicciones guerrerenses con baja calificación en el Índice de Desarrollo Humano (Morales, 2005).

Informes internacionales sobre la remesas en Guerrero coinciden de otro modo en el impacto que tienen las remesas en los indicadores de la marginación al destacar que la proporción de habitantes pobres se reduce dos puntos porcentuales debido al ingreso que perciben por concepto de remesas, cifra “no muy elevada” pero de similar impacto al de los programas gubernamentales como Procampo y, en ese momento, Progres y los Fondos de Infraestructura Social Municipal (Banco Mundial, 2003). De esta forma se equiparan las inversiones particulares en remesas con las inversiones públicas, por lo tanto, en estados como el de Guerrero las aportaciones gubernamentales son ínfimas.

En los siete municipios del Alto Balsas marginados de los proyectos de desarrollo estatal y en la región nahua en particular por su exclusión histórica, los trabajadores que emprenden la emigración nacional e internacional y sus familias enfrentan su propia lucha contra la pobreza en condiciones de explotación y marginalidad social dentro de sus destinos migratorios, trátense de jornaleros agrícolas, comerciantes ambulantes, trabajadoras domésticas o trabajadores o trabajadoras internacionales indocumentados.



Aún así, las estrategias culturales para enfrentar no sólo la pobreza económica sino la marginación social marcada por la discriminación se manifiestan en la flexibilización e innovación de sus instituciones colectivas a fin de enfrentar los desafíos de integración marginal a un mundo que las comunidades nahuas de la región del Alto Balsas se empeñan en transformar.

Casos como el de la región del Alto Balsas aporta insumos contra la visión negativa, sobre todo difundida por los medios de información, de las comunidades de origen consideradas “pueblos fantasmas”, idea que anula la agencia de las y los actores partícipes de las grandes migraciones contemporáneas. Muestra también una orientación contraria a los enfoques dominantes basados en el “productivismo” o “desarrollismo”, atentos más a las inversiones productivas (Durand y Massey, 1995) para el desarrollo local (inducido) que a las formas locales de reproducción económica y sociocultural donde las remesas tienen un importante papel tanto en los ámbitos domésticos y comunitarios (Durand y Massey, 1992) como materiales y simbólicos.

En cambio, la perspectiva que destaca el consumo como inversión en satisfactores familiares y colectivos abre posibilidades para entender el papel de las remesas desde las transformaciones regionales. Desde esta orientación, que supone un cuestionamiento a la racionalidad económica clásica, se puede concluir que en el Alto Balsas se han articulado el autoempleo y la emigración nacional e internacional como opciones de supervivencia, mecanismos de alcances globales (Somavia, 2003).

Si bien hay otros procesos que pueden promocionarse a partir de las necesidades identificadas por los actores (como por ejemplo la exportación de artesanías aprovechando sus destinos laborales), u otras expectativas puestas en las remesas, la dinámica local encuentra sus propios entresijos y salidas en la lógica sociocultural de la región nahua, ya aleccionada por sus intensos intercambios con el mundo cuyos costos, además de cobrar vidas en la frontera norte, son sentidos en la cotidianidad. La apuesta en el presente y futuro inmediatos seguirá siendo para las comunidades nahuas el “progreso de los pueblos”.

